

Elogio del amable leer

'La librería ambulante', una joya literaria de Christopher Morley

Narrativa

POR FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

■ Estados Unidos, siglo pasado, a punto de llegar los felices 20, una granja, la narradora Helen y su hermano Andrew: "Éramos tremendamente felices. Hasta que Andrew tuvo la nefasta idea de contarle al mundo lo felices que éramos". Es decir, hasta que el varón de esa apacible pareja fraternal se convierte en escritor de unas cosas medio de autoayuda que tienen extraordinario éxito. Tanto que le cambia la vida y deja de participar en aquellas actividades campesinas y sosegadas, se vuelve no poco fatuo y su hermana cae en el aburrimiento. Pero, un día, por allí aparecen el caballo "Pegaso", que tira de un carro de libros (una librería ambulante, claro), y su dueño Roger, quien no ve el momento de vender su negocio para mudarse a Brooklyn. ¿Por qué no comprarlo y salir a vender libros puerta a puerta y así ver mundo? Es lo que piensa y lleva a cabo la dulce Helen. Su hermano la perseguirá, pues cree que ha sido estafada, mas ella continúa su viaje, feliz y contenta, haciendo amigos, conociendo gentes, casos y cosas.

Pero ¿quién se atreve a escribir una novela con ese argumento tan sencillo, tan minimalista, diría un cursi? Se atrevió Christopher Morley, en 1917, un tipo agudo, culto, inteligente, que disfrutaba escribiendo. ¿Y cómo la conocemos aquí, en España? Gracias a una editorial, Periférica, a quien no parece obsesionarle el gran éxito comercial y sí ganar lectores fieles, lectores fetén: baste ver su catálogo, con tantos raros y curiosos libros. Es más, esta novelita (diminutivo de extensión solamente) parece un homenaje a quienes nos volvemos locos por leer. Es una novela de viaje sobre el gozo incontable que produce la lectura. Helen va vendiendo libros "a la carta", según los ánimos de sus clientes. De ellos escucha historias. El padre que recuerda cómo un profesor ("un pequeño barril de pólvora") salvó la vida a su hijo Dick e inició al niño y a su familia en el amor a las mejores narraciones: "Empezó a leerme esa historia de *La isla del tesoro*, ¿no fue así, mujer? Por todos los santos, ninguno de nosotros se quedó dormido con esa historia. Asombró a los niños con su lectura, tanto que desde entonces se han aficionado a los libros y Dick es ahora el mejor de su clase" (página 104). Tanto le gusta la literatura (y tanto le gustan los libreros, los



CHRISTOPHER MORLEY
La librería ambulante

► Traducción de Juan Sebastián Cárdenas
PERIFÉRICA, 184 PÁGINAS, 16,75 €

escritores, los editores, los lectores) a Morley que convierte *La librería ambulante* en dos cosas: un homenaje a quienes viven (malviven) de esa profesión y un homenaje a quien, ahora mismo, se decida a leerla. Está llena de amabilidad, dulzura, gracia

fina, situaciones intrigantes, cómicas (a veces recuerda el *O brother!* de los hermanos Coen) en su disparate. Pero, en el fondo, es toda una proclama: "¡Dios! Cuando le vendes un libro a alguien no solamente le estás vendiendo doce onzas de papel, tinta y pegamento. Le estás vendiendo una vida totalmente nueva. Amor, amistad y humor y barcos que navegan en la noche. En un libro cabe todo, el cielo y la tierra, en un libro de verdad, quiero decir. ¡Repámpalos! Si en lugar de librero fuera panadero, carnicero o vendedor de escobas la gente correría a su puerta a recibirme, ansiosa por recibir mi mercancía. Y heme aquí, con mi cargamento de salvaciones eternas. Sí, señora, salvación para sus pequeñas y atribuladas almas. Y no veo cómo cuesta que lo entiendan (?). Eso es lo que este país necesita: ¡Más libros!" (página 42). Participe usted, lector, de esta joyita, aplíquese este cuento para continuar la primavera.



Celebración del Día del Libro, en la Plaça Major de Palma. MIQUEL MASSUTÍ

Contra los mediocres

'¡Despidan a esos desgraciados!', miopía y miseria de los críticos literarios a través de 55 reseñas

Ensayo

POR RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

■ Quizá la historia de la literatura admita ser vista como la obra de un elefante contemplada (y juzgada) desde la óptica de una pulga. A lo largo de los siglos, siempre que se ha producido una verdadera revolución literaria, los frutos propiciatorios de ese cambio de paradigma han sido tratados con varas de medir cortas. Por cada Joyce que en el mundo ha sido, cien mil críticos de medio pelo se han apresurado a rebanarle el pescuezo. Si a alguien de la estatura intelectual y artística de Gide le pudo pasar desapercibido el genio y singularidad de Proust, qué podemos espe-

rar de los infinitos críticos académicos, de salón o de columna en prensa que han venido construyendo, en buena medida, el canon de la literatura. Es el juego perverso e inevitable del establishment. Quienes sancionan las obras maestras de su tiempo casi nunca están a la altura de la montaña que deben escalar. En el mejor de los casos, es la generación siguiente la que debe recordarle al viejo alpinista que lo que tomaba por el Mont Blanc apenas era una tachueta, y que el Everest era aquello que él creía papel de envolver regalos.

En 1955, Harcourt, Brace & Company publica una de las grandes novelas del siglo, *Los reconocimientos*, de William Gaddis, una obra a la altura de *El plantador de tabaco*, de Barth, o *El arco iris de gravedad*, de Pynchon. La obra de Gaddis, reconocida hoy como un clásico americano y una de las piezas magnas de su tiempo, recibió entonces 55 críticas. De ellas, 53 fueron negativas y apenas dos

apuntaron a la excelencia de la novela. Un lector de Gaddis, Christopher Carlisle Reid, amparado bajo el seudónimo de Jack Green, dedicó años de su vida a exhumar cada una de esas críticas y a rastrear en ellas toda la miseria de una lectura ciega, incapaz e indigente. La cosecha de esa tarea son las hilarantes piezas que se recogen en *¡Despidan a esos desgraciados!*, y que uno recomendaría fueran devoradas por todo el arco que compone el circo literario: editores, autores, lectores y, por supuesto, críticos.

La importancia del trabajo de Green radica en que es extrapolable a cientos de obras maestras que la crítica ha destruido desde la ruindad de unos presupuestos que comulgan con el plagio, la insolencia o la envidia, pero que todavía hoy, en el mundo globalizado de los libros infinitos, tan a menudo nos hacen comulgar con obras estériles y denuestan con los habituales clichés de la incompetencia libros decisivos, inevitables y necesarios,

esos que constituyen la auténtica vanguardia de su tiempo y que con el paso de los años se harán seminales. Regálense un baño de risa y lucidez: esta diatriba feroz e intransigente contra la mediocridad de tantos prescriptores vale su peso en oro. Porque ningún servicio mayor puede hacer una lectura inteligente que arrancar la careta de los impostores para dar al César lo que es del César, y a Gaddis lo que es de Gaddis.



JACK GREEN
¡Despidan a esos desgraciados!

► Traducción de Rubén Martín Giradles
ALPHA DECAY, 208 PÁGINAS, 15 €